

Disposiciones transitorias.

Artículo 29º.- Aceptado este Reglamento, se formará inventario de todos los enses de las escuelas que quedarán propiedad del establecimiento y a cargo y disposición de la Superiora, quien tendrá obligación de responder de ellos al Administrador”.

A.M. Vill. nº. 143. Actas de 1888. págs. 135 a 141.

#### DOCUMENTO 99

1894, mayo, 10. Villarreal.

*Se conoce el testamento de Dña. Gertrudis Salvador y Mallo, viuda de Mariano Romero, cuya mitad de los bienes, por importe de 4.555 ps. 37 cts., lega al Hospital. Se practican importantes obras y se adquiere instrumental quirúrgico.*

No se transcribe.

A.M. Vill. nº. 149. Actas de 1894. fols. 103 y 236.

#### DOCUMENTO 100

1939, diciembre, 20. Villarreal.

*El Ayuntamiento cede el local para ser usado como enfermería anti-tuberculosas.*

pág. 8. Sesión extraordinaria.

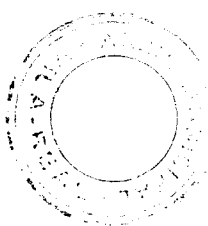
...” Abierta la sesión el señor presidente expuso: Que por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de esta provincia, se le había manifestado la necesidad de que el Hospital Municipal de esta ciudad, sea destinado a Enfermería Anti-tuberculosa en esta provincia, por no existir edificio apropiado para una inmediata instalación y ser considerado dicho Hospital y a propósito a juicio de los técnicos, para aquel servicio haciéndose algunas reparaciones. Se utilizaría hasta que sea construido en el punto ya fijado el edificio en que se ha de instalar definitivamente dicha Enfermería según proyecto existente. La habilitación del Hospital se haría sin perjudicar los intereses de la Beneficencia de esta ciudad pues se considerarían con derecho preferente (pág. 9) y obligado el ingreso en el Hospital de todos los pobres procedentes de esta ciudad. El citado edificio sería cedido por este Ayuntamiento para aquel fin durante un plazo de cinco años...

Después de detenida discusión... la Comisión Gestora acepta la exposición de hechos del Sr. Alcalde y autorizarle para que proceda a ulimar el correspondiente Contrato con la Autoridad que asuma la suficiente competencia para ello, con el objeto de que el Hospital Municipal sea cedido para los fines anteriormente indicados y no otros, fijando las condiciones que estime conveniente y así mismo autorizarle para que pueda formalizar el arriendo del huerto que tiene el Establecimiento antes citado”.

A.M. Vill. Libro de actas de la Comisión Gestora Municipal.

VILLARREAL, SIGLO XX.

Sangre, sudor y lágrimas.



Contra lo que ocurre en los siglos XVIII y XIX, que empiezan muy mal (participación activa y hasta trágica en las guerras de Sucesión y napoleónica), el siglo actual, en apariencia al menos, empieza bien para Villarreal. Por Real Decreto, Alfonso XIII la declara ciudad en 1904. Inútil y frívolo galardón, cuando sabemos de capitales con mucho rumbo que gozan con llamarse villa. Porque, en otro sentido, la situación local no era nada halagüeña al empezar el siglo. El jornal de un bracero, que lo ganaba cuando el tiempo lo permitía o lo exigía la temporada agrícola, oscilaba entre 2 y 1,50 pesetas, mientras que las mujeres ganaban en faenas agrícolas setenta y cinco o cincuenta céntimos de peseta. Pesetas de entonces, claro está, pero aún así veamos lo que con aquellas pesetas se podía adquirir: un Kg. de pan costaba 50 céntimos o 35, según calidad. Valía un Kg. de carne de cerdo o de carnero 2 pesetas y; 1 peseta si se trataba de bacalao. El arroz, sesenta céntimos; y los garbanzos, 1,60 pesetas. Por 30 céntimos se compraba 1 Kg. de patatas; y valía 1,10 el litro de aceite. A poco que la imaginación especule con estas cifras se llegará a la conclusión de que el obrero de Villarreal, trabajando de sol a sol (en algunos lugares se va a la huelga para tratar de conseguir una jornada de ocho horas) y con todos los hijos que le sobrevivían, siempre demasiados a pesar de la altísima cota de mortalidad infantil, las debía pasar muy negras.

Y si añadimos a lo dicho que carecía totalmente de protección en la vejez o inutilidad y que no estaba a cubierto de atención médica ni farmacéutica en caso de enfermedad, la sinrazón social resulta delirante. ¿Qué sentido, pues, tendría para este hombre el que su pueblo dejara de ser villa para convertirse en ciudad?

No sería sin duda para celebrar este acontecimiento por lo que en aquel Villarreal se bebía, y mucho. Cantidades industriales de alcohol y de azúcar entran en la localidad con destino a numerosas destilerías (coladores) de aguardiente, que apenas exportaban un mínimo de su producción. La mayor parte se consumía "in situ". Vendas incómodas, insalubres, de las que el concepto "hogar" permanecía a una astronómica distancia, arrojaban al obrero a la taberna, donde permanecía, estilo avestruz, un poco a cubierto del drama familiar.

Puestas así las cosas se me dirá que pesa sobre este cuadro la incógnita de la supervivencia. ¿Cómo podían vivir un hombre o una mujer cuyo jornal les daba lo justo para comprar un Kg. de pan? Es que había el de maíz, a quince céntimos el Kg.; pero ni aún de éste se podía hartar, porque se utilizaba para ponderar la calidad de una cosa aquella expresión, que por cierto ha perdurado, de estar o ser "más bona que el pa de paní". El secreto estaba en la división de la propiedad, de resultados de aquella reforma agraria operada en los primeros años de la fundación, y de la que ya hemos hablado en otras ocasiones. La posesión de una parcela de huerta daba ocasión de obtener, empleando en ello los días libres, incluso las horas robadas al descanso, algunos productos con los que completar la aún así pobre dieta alimenticia. Los pobres de solemnidad, los verdaderamente pobres eran, no nos atrevemos a decir que pocos pero sí los menos, afortunadamente.

Y, aunque parezca imposible todo esto se agravó con la Primera Guerra Mundial, pues, mientras se revalorizaba algunos productos en el resto del país, aquí, con una economía prácticamente entregada ya al monocultivo se experimenta la quiebra del producto, la naranja, que encuentra cerrados sus mercados europeos y se hunde en el desastre. Es el momento en que las dificultades, el hambre a veces, alcanzan a la clase de los pequeños hacendados, los llamados "de prega" porque, a parte sus labores en las propias tierras, sólo concurrían al mercado del trabajo con su carro y su caballería, transportando la naranja del huerto al almacén o de ésta al puerto, dedicación envidiada y reputada de señora entre los trabajadores. En muchas de estas casas trabajaban las mujeres en labores artesanas, la de la alpargata principalmente, a puerta cerrada para sobreponerse a la que consideraban una degradación.

El obrero desheredado o incluso los hijos de los que no lo eran tanto, no soportaron este estado de cosas y emigraron a Cataluña o, principalmente, a Francia y en aquel exilio reciben un fermento

revolucionario que, sobre terreno tan bien abonado, tuvo que arraigar forzosamente.

Es, entrada ya la década de los veinte, cuando las cosas empiezan a cambiar. El dorado fruto se impone de nuevo y su demanda y altos precios obligan a reconsiderar la conveniencia de poner en explotación el hasta entonces árido secoano. Los propietarios de estas fincas, de alguna extensión por lo general, al no poder con sus medios acudir a la costosa roturación, ceden ante el alza de precios, en atención también a su escaso rendimiento, y las venden por parcelas de poca extensión, tres, dos o incluso una hanegada que se compran a crédito por los trabajadores que no saben que asisten a la segunda reforma agraria de la historia de Villarreal, pero ellos tienen la experiencia de los primeros años de siglo, y anhelan la propiedad como un seguro de supervivencia, y como un medio de aprovechar los días sin jornal, en tiempo de crisis. En otro tiempo, y es el caso, las parcelas se convierten en domingueras y es el sitio donde a la escasa sombra de la barraca de cañas se come el arroz y se prepara la primera cosecha de bajoca o tomate para hacer frente a la amortización de los préstamos, y se planta ya el naranjo, para los días de la vejez.

Se constituyen sociedades y se abren pozos, muchos pozos, de sesenta, ochenta o más metros de profundidad.

Y se registra el interesante fenómeno de la inmigración a base de personal del Bajo Aragón y de los pueblos del Alto Mijáres, los llamados *churros* por su habla castellana pero que muy pronto asimilan la lengua vernácula. Al concurrir al mercado del trabajo ponen el contrapunto en la elevación de salarios y son objeto de alguna represalia, pero no llega la sangre al río, porque hay pan para todos.

Y así, con algún altibajo se llega a 1936, julio concretamente, en que una cruel e inútil guerra civil detiene en Villarreal el reloj del progreso y proporciona a la ciudad los días más amargos de su historia. Porque la más lamentable de las catástrofes locales no fue el asalto y quema durante la Guerra de Sucesión ni, como se ha afirmado, el incendio del cine "La Luz", en 1912. Fue, sin lugar a dudas, la última guerra civil, con su secuela de sufrimiento sin cuento y muertos aún no contados. Fue primero la llamada revolución que no revolucionó nada excepción hecha de algunas incautaciones de fincas rústicas, o de industrias que fueron "colectivizadas", muy pocas ciertamente, pero que se cobró un desproporcionado tributo de sangre. Siguió el rodillo del frente que pasó como una apisona-

dora para detenerse en el mismo término, en el río Seco. Y la redora presalia, después, de los vencedores sobre los vencidos.

Pocas veces se ha hablado de los bombardeos de terror que precedieron a la conquista de la ciudad, reiteradamente cruzada de parte a parte por los trimotores Junkers, en formaciones de seis, nueve, doce o más bombarderos. Los vimos y los contamos, no nos lo dijo nadie. El casco urbano era un caos y un terreno maldito en el que se permanecía sólo los minutos precisos para el quehacer más perentorio, recoger medicamentos, substancias o encontrarse las personas, con un palito colgando del cuello, a modo de amuleto, aunque sin sentido mágico. Servía para sostenerlo entre los dientes en el momento de la explosión de las bombas y evitar que reventaran los tímpanos. La población se trasladó a los masetes, al campo, y refugiada luego en los pozos, capeó el temporal.

Los que quedaron en el pueblo, más bien al centro, vieron pasar de largo a los moros a caballo, de Camilo Alonso Vega, para detenerse en las afueras con otras unidades al otro lado del Barranquet y sufrir, en sucesivos contraataques, centenares de bajas.

El pueblo olía a muerto y con este olor se liberaron los que se liberaron porque, para otros, el cambio de dueño supuso el cautiverio o la muerte incluso. Porque aquel fermento revolucionario de que hablamos antes, al recibir impulsos y estímulos inducidos del ambiente general de la nación, originó en los primeros días del alzamiento, aparte del saqueo y quema de iglesias, actos de terror de los que fueron víctima religiosos y terratenientes pero, sobre todo, otros trabajadores, inmolados sin otra acusación que la de ser fascistas y que murieron sin saber exactamente lo que era ser fascista, como después murieron los otros sin llegar a saber que eran rojos, ni haber leído a Marx. (Murieron, eso sí por "adhesión a la rebelión". Ellos, que creían defender al Gobierno legítimamente constituido contra la rebelión misma).

En otro orden de cosas Villarreal dió, durante el período republicano, una auténtica nota épica sin contrapartida en el bando contrario, con su aportación masiva de voluntarios a los frentes de batalla. Bien es verdad que alguno se fue voluntario para salir del estanco y encontrarse un poco a salvo, hasta tener la oportunidad de pasarse a los suyos pero de éstos no había ninguno en el "Batallón Lenin" constituido en Villarreal y con todos sus efectivos, mandos incluidos, cubiertos al 100% por hijos de Villarreal.

Y la dureza de la postguerra. Las privaciones acumuladas, sin solución de continuidad, cobraron su caudal de víctimas, igualmente



ALCALDÍA CONSTITUCIONAL

DE LA

CIUDAD DE VILLARREAL

1.º En el caso de que algún revolucionario aumente el precio de los mercancías, la autoridad o el Comité se incautará de los mismos.

2.º Que el número de los miembros de la institución de los mismos estará a cargo del Ayuntamiento.

3.º Que se piden los cruces que se ofrecen en la institución aunque no tengan los cruces.

4.º Que se detengan en calidad de rehenes a los miembros de la institución de los cruces.

Días de julio de 1936. En el preludio de una cruel contienda entre hermanos, el alzamiento es contestado en Villarreal con estas cuatro resoluciones gubernativas. (A.M. VIII.).

incontadas. La tuberculosis hizo estragos y en Villarreal más que en cualquier otro lugar, llevándose en ocasiones a familias enteras, cuyos apellidos son aún recordados por los viejos.

Y ya, cuando parecía que se estaba a punto de doblar la curva del infortunio, porque de nuevo la naranja iba siendo producto solicitado en los mercados europeos, cuando se estaba entrando en franca vía de recuperación, unas nevadas jamás conocidas en la comarca dieron al traste con las ilusiones y arruinaron de nuevo la maltrecha economía local. La mayor parte de los árboles tuvieron que ser arrancados y sustituidos por plantones jóvenes. La tierra bajó en la bolsa de valores, alcanzando cotizaciones ridículas, pese al amor que nuestro hombre villarrealense sintió por ella siempre.

Sin embargo este mismo hombre supo encontrar el aspecto positivo de la situación y volver sobre sí mismo y percatarse de los inconvenientes de una economía demasiado polarizada. Tras el ensayo sin éxito de cultivos alternantes (algodón, ricino, etc.) se vuelve hacia la vieja solución del siglo XVIII, ya olvidada, al parecer, porque se presenta con carácter de novedad.

Es la industrialización y como esto encaja bien en el entorno general del país y del mundo, dió lugar al milagro que lanzó a Villarreal hacia metas de desarrollo jamás sospechadas. La población, en menos de cuarenta años, se duplica y la estructura urbana rebasa los límites seculares y crece, anárquicamente a veces. Todo, hay que decirlo, a expensas también de la inmigración más fuerte que registra la historia local, precedente esta vez de tierras del sudeste, del sur. Villarrealenses de adopción que llegaron andaluz-hablantes pero que poco a poco se van incorporando al entorno cultural de un pueblo generoso que, sin prejuicio ni reserva alguna, les abrió sus brazos.

Y diremos, para terminar, de la crisis actual, que se manifiesta en la localidad con los mismos condicionamientos que en el entorno del país y que los villarrealenses todos, los de siempre y los de ahora, sabrán capear como han capeado tanto y tanto temporal a través de su historia. Están bien curtidos.

En otro orden de cosas no cabe duda de que a la ciudad le esperan momentos muy interesantes a cargo de las generaciones nuevas que, al entorno económico y social de un pueblo que se hizo a sí mismo, están aportando aquel timbre de intelectualidad al que, por imperativo de las circunstancias y en lucha titánica con la naturaleza, tuvieron sus abuelos que renunciar, y supieron, además hacerlo, allá en la primera mitad del siglo.

## EL GOBIERNO DE LA VILLA